

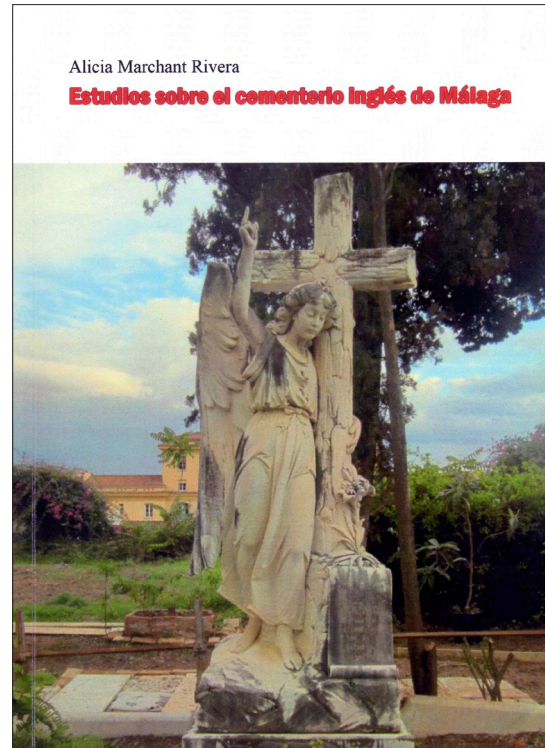
Estudios sobre el cementerio inglés de Málaga

MARCHANT RIVERA, Alicia
Málaga, Libros Encasa, 2014

Lejos de aquí, cercano a la costa, está el cementerio protestante, y el único que está reconocido por el gobierno español. Está situado en una colina que vierte al mar, y en él hay plantados preciosas flores y hermosos cipreses; es un bello lugar, con caminos bien dispuestos y muy bien conservado.

Las palabras de la novelista Caroline H. Pemberton sobre el cementerio inglés de Málaga, publicadas en 1868 en el libro de viajes *A Winter's Tour in Spain*, y traducidas por Alicia Marchant por primera vez, nos sitúan ante la magia de un espacio que ha trascendido su uso y significación desde su creación. No en balde, fue parada obligada de tantos y tantos viajeros que vinieron a Málaga desde procedencias diversas y con intereses y obligaciones variadas. E igualmente para tantas y tantas viajeras, más desconocidas y menos valoradas por su condición de mujeres, que llegaron a la ciudad con sus maridos y aun así no se conformaron únicamente con las pautas del rol de esposas, o emprendieron el viaje alentadas por anhelos propios. Las viajeras podían tener puntos en común –la posición económica, el estatus social– pero también intereses particulares que las definían, en plural y desde la pluralidad. Y esta es la cuestión.

Escribir sobre las mujeres viajeras que quisieron plasmar, no solo sus vivencias, sino también sus experiencias como escritoras, dota de sentido no solo a nuestras carreras profesionales sino también a nuestras inquietudes como mujeres. La labor de Alicia Marchant en este libro, por tanto, se posiciona en dos frentes que no se pueden deslindar: el científico y académico y el personal. Decían las feministas de los años sesenta y setenta, amparadas por Simone de Beauvoir, que «lo personal es político», es decir que las experiencias individuales tienen una repercusión, son reivindicativas, salen del ámbito de lo privado y subvierten lo público, suponen un impacto y pueden cambiar hábitos sociales, tradiciones y cánones. Por ello, la autora ha dado voz, su voz de mujer, su voz de profesional e investigadora, a otras mujeres en muchos casos silenciadas, olvidadas, ignoradas



o no valoradas. Conociendo su intensidad viajera, su ser cosmopolita y políglota, su espíritu inquieto e intrépido, no resulta extraño que se topara en su caminar vital y académico con otras viajeras, igualmente poseedoras de un sentido de la superación y la voluntad encomiables.

Por eso en el libro, más allá del interés por el descubrimiento, indiscutible por otro lado, más allá de la importancia del hallazgo investigador, más allá del celo y el rigor requeridos y cumplidos, se nota y se transmite un compromiso: el compromiso de las mujeres con otras mujeres que necesitan una voz, un altavoz. Marchant, con su dedicación y amor por el cementerio inglés, se encuentra con sus antepasadas en un reencuentro feliz, recobrando un interés que ha permanecido expectante su rescate. Escribir o ser

borradas, o ser olvidadas. El silencio –de la muerte, de la ausencia, de la imposición, de la inferioridad, de la invisibilidad, del olvido, de la apropiación indebida– se trastoca con la palabra-acción.

Con sus estudios, y con este libro, Alicia Marchant está incorporando al discurso literario hegemónico, de la historia y la crítica literarias de viajes, la voz de las mujeres que tuvieron infinitamente más difícil que los hombres emprender estas aventuras, escribirlas y publicarlas. En muchos casos eran autodidactas por necesidad y obligación, como otra viajera inglesa, Mary Kingsley, cuya experiencia recoge la autora. Mary no pudo ir a la escuela porque tuvo que cuidar de su hermano y de su madre inválida cubriendo las ausencias de su padre, médico, que recorría el mundo para satisfacer sus investigaciones; aprendió a leer y a escribir, devorando la biblioteca paterna, y aprendió idiomas mientras ayudaba a su padre cuando volvía a ordenar las notas con las que escribir un libro de antropología. Nunca sabremos cuánto de Mary hay en las publicaciones paternas, seguramente mucho. En muchos casos, ellas estaban desvinculadas de la profesionalización de la escritura, ellas, las escritoras y muchas de sus compañeras artistas, fueron y siguen sido calificadas como *amateurs*, o simples aficionadas, cuyas impresiones y experiencias relatadas con mayor o menor altura literaria, apenas eran consideradas dignas de publicación, y si lo eran, escasamente valoradas como ejercicios literarios en sí mismos. De ahí la importancia de una de las conclusiones de Alicia Marchant sobre la experiencia de la escritura:

Al margen del predominio de la idea del viaje femenino como vía de escape, la posición privilegiada de las damas les conduce a dar un paso más allá en la recuperación de la autoridad que genera la autoría, es decir, a poseer mayor conciencia autónoma del alcance del fenómeno escriturario. Se trata no solo de detentar el poder de la escritura y la significación de la autoridad tras la invasión del espacio masculino, sino de reflexionar de manera consciente sobre la actividad escrituraria, para proyectar en ella voluntades, saberes, deseos y hasta predicciones que permitan a la escritura femenina consolidar las bases y líneas de actuación de las que goza en la actualidad.

Estas palabras me han recordado otras que escribió Virginia Woolf en 1929, en *Una habitación propia*. El párrafo es largo pero merece la pena no mutilarlo demasiado:

[...] si el varón sigue siendo el sexo locuaz, sí es cierto que las mujeres ya no escriben exclusivamente novelas [...]. Hay libros sobre toda clase de temas que hace una generación ninguna mujer hubiera podido tocar. Hay libros de poemas, y obras de teatro, y libros de crítica; hay libros de historia y biografías, libros de viajes y libros de alta erudición e investigación; hay incluso algunos libros de filosofía y algunos de ciencias y economía. [...] Quizás ahora la mujer está empezando a utilizar la escritura como un arte, no como un medio de autoexpresión. [...] No hay ninguna marca en la pared que mida la altura exacta de las mujeres. No hay medidas con yardas limpiamente divididas en pulgadas que permitan medir las cualidades de una buena madre o la devoción de una hija, la fidelidad de una hermana o la eficiencia de un ama de casa. Son pocas, incluso hoy día, las mujeres que han sido valoradas en las universidades: apenas se han sometido a las grandes pruebas de las profesiones libres, del Ejército, de la Marina, del comercio, de la política y de la diplomacia. Siguen, todavía hoy día, casi sin clasificar.

Los tiempos han cambiado... ¿mucho? No lo creo. Lo cierto es que, como advierte Marchant, los libros de viajes de estas viajeras siguen sin traducir, y algunos sin incluir en los compendios de libros de viajes decimonónicos.

Por ello resulta incuestionable la necesidad de escribir sobre ellas, rescatar sus memorias y su escritura. Porque las historias del cementerio inglés de Málaga, y de sus tumbas y epitafios, también incluidas en la presente publicación, no estaban completas sin estas mujeres que se lanzaron a la aventura de descubrir con sus presencias y sus escritos. Este trabajo augura también otros felices acontecimientos que se plantean como perentorios: las traducciones completas de los libros de viajes de estas autoras. Y como no podría ser de otra forma, la viajera y escritora Alicia Marchant es la legítima continuadora.

Belén Ruiz Garrido
Universidad de Málaga